

El arroyo como suceso: antropología más allá de lo humano en contextos de desastre hidrometeorológico¹

<https://doi.org/10.25058/20112742.n59.07>

MANUEL ORLANDO LOZANO-ORTIZ²

<https://orcid.org/0000-0002-9398-9107>

20255704@uagro.mx

MARIANA MARTÍNEZ-CASTREJÓN³

<https://orcid.org/0000-0002-1224-7479>

marianamartinez@uagro.mx

Ulises Moreno-Tabarez⁴

<https://orcid.org/0000-0002-3504-8624>

U.Moreno-Tabarez@lse.ac.uk

Universidad Autónoma de Guerrero, México

Cómo citar este artículo: Lozano-Ortiz, M. O., Martínez-Castrejón, M. & Moreno-Tabarez, U. (2026). El arroyo como suceso: antropología más allá de lo humano en contextos de desastre hidrometeorológico. *Tabula Rasa*, 59, 143-171. <https://doi.org/10.25058/20112742.n59.07>

Recibido: 26 de febrero de 2026

Aceptado: 12 de mayo de 2026

Resumen:

El paso del huracán Otis provocó el súbito desbordamiento de un arroyo que atraviesa una colonia periurbana asentada en pendiente (San Isidro Labrador, estado de Guerrero, México). A partir de entrevistas con habitantes afectados, este artículo desplaza el enfoque de la «percepción del riesgo» para analizar el desbordamiento como *suceso* que irrumpe en el entramado del habitar. Más que escenario natural o entidad antropomorfizada, el arroyo emerge como fuerza hidrometeorológica que redistribuye decisiones residenciales, imaginarios espaciales y formas de permanencia en el territorio. Expresiones como «el agua agarró fuerza» o «el arroyo cambió» revelan una experiencia situada de intensidad que reconfigura la relación con la pendiente y las zonas consideradas seguras. En diálogo con la propuesta de una antropología más allá de lo humano, se argumenta que el desastre

¹ Este artículo es resultado del proyecto de investigación «Reconstrucción, riesgo y relaciones más-que-humanas en Acapulco después del huracán Otis».

² Candidato a doctor en Ciencias Ambientales, Universidad Autónoma de Guerrero.

³ Doctorado en Ciencias Ambientales, Universidad Autónoma de Guerrero.

⁴ PhD, Human Geography and Urban Studies, London School of Economics and Political Science.

no es solo un evento externo, sino manifestación de dinámicas materiales constitutivas del habitar.

Palabras clave: antropología más-que-humana; desastre socioambiental; habitar periurbano; materialidad y fuerza; ontologías relacionales; San Isidro Labrador; estado de Guerrero; México.

A Creek as an Event: More-Than-Human Anthropology in Hydro-Meteorological Disasters

Abstract:

The passage of hurricane Otis caused a sudden overflow of a creek passing through a peri-urban district built upon a slope (San Isidro Labrador, Guerrero state, Mexico). Drawing on interviews with affected residents, this article shifts the focus from “risk perception” to analyze overflowing as an event bursting into the fabric of daily life. Rather than a natural setting or an anthropomorphic entity, the creek emerges as a hydrometeorological force pushing settling decisions, spatial imaginaries, and forms of inhabiting a territory to shift. Expressions such as “the water gained strength” or “the creek shifted” reveal an intensely situated experience resetting the relationship with the slope and areas viewed as safe. Engaging with the proposal of a more-than-human anthropology, we argue that disasters are not merely an external event but a manifestation of material dynamics that constitute the act of inhabiting.

Keywords: More-than-human anthropology; socioenvironmental disaster; peri-urban dwelling; materiality and strength; relational ontologies; San Isidro Labrador; Guerrero state (Mexico).

O riacho como fato: antropologia para além do humano em contextos de desastre hidrometeorológico

Resumo:

O passo do furacão Otis causou o transbordamento repentino de um riacho que cruza uma colônia periurbana localizada numa encosta (San Isidro Labrador, estado de Guerrero, México). A partir de entrevistas com moradores afetados, este artigo desloca a abordagem da «percepção do risco» para analisar o transbordamento como *fato* que irrompe na estrutura do habitar. Mais do que cenário natural ou entidade antropomorfizada, o riacho emerge como força hidrometeorológica que redistribui decisões residenciais, imaginários espaciais e formas de permanência no território. Expressões como «a água ganhou força» ou «o riacho mudou» revelam uma experiência situada de intensidade que reconfigura a relação com a encosta e as zonas consideradas seguras. Em diálogo com a proposta de uma antropologia para além do humano, argumenta-se que o desastre não é apenas um evento externo, mas a manifestação de dinâmicas materiais constitutivas do habitar.

Palavras-chave: antropologia mais-que-humana; desastre socioambiental; habitar na periferia urbana; materialidade e força; ontologias relacionais; San Isidro Labrador; estado de Guerrero; México.

Introducción: del desbordamiento al problema antropológico

La madrugada del 25 de octubre de 2023, el huracán Otis impactó la costa de Guerrero (México) con una intensidad inesperada. En la colonia periurbana San Isidro Labrador, asentada sobre una ladera que desciende hacia una microcuenca, el arroyo que atraviesa el territorio se desbordó de manera súbita. En cuestión de minutos, el flujo de agua, lodo y rocas rebasó sus márgenes habituales, arrastró infraestructura y penetró en viviendas construidas en pendiente. Las marcas de hasta dos metros veinte en los muros no solo registran la altura alcanzada por el agua; señalan un punto de inflexión en la forma de habitar el territorio.

Desde una perspectiva clásica de estudios del riesgo, el evento podría analizarse como combinación de amenaza hidrometeorológica, exposición y vulnerabilidad social. Sin duda, las condiciones estructurales —autoconstrucción, autoproducción, precariedad económica, expansión urbana en laderas— amplificaron los efectos del huracán. La antropología del riesgo mostró con claridad que el peligro no es dato neutral, sino categoría culturalmente mediada: las sociedades seleccionan, jerarquizan y significan amenazas de acuerdo con sus formas de organización (Douglas & Wildavsky, 1982). Este giro fue fundamental para cuestionar la neutralidad técnica de la gestión del riesgo y para evidenciar su dimensión política.

No obstante, cuando el análisis se centra primordialmente en la percepción y en la construcción simbólica del peligro, la materialidad dinámica de los procesos ambientales puede quedar parcialmente relegada. El evento aparece entonces como objeto de interpretación antes que como reorganización efectiva del mundo habitado. Las preguntas se formulan en clave de conciencia —¿por qué no se anticipó?, ¿por qué no se evacuó?— mientras las trayectorias del agua, la pendiente y la acumulación sedimentaria permanecen como telón de fondo.

Este artículo propone un desplazamiento conceptual: el desbordamiento no se examina únicamente como riesgo percibido o como resultado de vulnerabilidades preexistentes, sino como *suceso* en el que convergen fuerzas materiales y trayectorias humanas en un campo relacional más-que-humano. El desastre no puede reducirse a la experiencia humana del peligro. El desbordamiento del arroyo no solo fue interpretado; reconfiguró físicamente el entramado del habitar. Rocas que funcionaban como cimiento descendieron, muros se fracturaron y trayectorias laborales y domésticas se vieron interrumpidas. El suceso no ocurrió sobre un escenario estable, sino dentro de un campo de fuerzas en movimiento.

Retomando a Tim Ingold (2011), este trabajo entiende al arroyo no como un objeto externo al asentamiento, sino como parte de un entramado relacional donde procesos hidrológicos, materiales y humanos coconstruyen las condiciones del habitar. Esta perspectiva será desarrollada en el apartado teórico siguiente.

Aquello que sostiene la casa —la roca, la pendiente, el cauce— es también aquello que puede reordenarla, transformarla.

La apuesta teórica de este artículo se sitúa en el campo de las discusiones más-que-humanas sin recurrir a la personificación del entorno ni a una simetría abstracta de ensamblajes. El arroyo no es sujeto animado ni mero objeto pasivo; es suceso acumulado cuya potencia se manifiesta bajo ciertas intensidades. Pensar el desastre como suceso implica atender a la redistribución material de fuerzas que reconfiguran el habitar.

Metodológicamente, el análisis se basa en entrevistas con habitantes afectados, observación participante sostenida durante más de dos años y registro de intervenciones técnicas posteriores al evento. Sin embargo, el interés no radica en cuantificar niveles de percepción del riesgo, sino en comprender cómo la intensificación del flujo reorganizó relaciones domésticas, económicas y espaciales. Expresiones como «el agua agarró fuerza» o «bajó con todo» no se leen como atribuciones animistas, sino como descripciones situadas de intensidad material.

En un contexto periurbano donde las dualidades naturaleza/sociedad resultan empíricamente frágiles, el desbordamiento evidencia la coconstitución de humanos y no humanos en el habitar. El asentamiento no es enclave humano sobre terreno neutro; es intersección de trayectorias geológicas, hidrológicas y socioeconómicas. En este sentido, el caso permite pensar una antropología más allá de lo humano no como ampliación de actores, sino como reconfiguración ontológica del habitar periurbano.

El artículo se organiza en siete apartados. Primero, se revisan los límites del enfoque clásico de percepción del riesgo. Luego, se desarrolla el marco conceptual de una antropología más allá de lo humano centrada en el suceso y el habitar. Posteriormente, se analiza el desbordamiento como intensificación material y se examinan las redistribuciones del habitar que produjo. Finalmente, se discuten las implicaciones teóricas del caso para repensar el desastre no como anomalía, sino como manifestación de dinámicas materiales constitutivas.

La tesis que guía este trabajo es que el desastre no constituye una ruptura absoluta del orden territorial, sino la visibilización abrupta de una acumulación en curso. Vivir en el borde del arroyo implica permanecer —siempre provisionalmente— sobre un entramado de fuerzas más-que-humanas que sostienen y tensionan la vida cotidiana.

Contexto territorial y metodología

La colonia San Isidro Labrador se localiza en la periferia poniente de Acapulco, en un entorno caracterizado por pendientes pronunciadas y procesos de urbanización progresiva, autoproducción y autoconstrucción. El asentamiento se emplaza sobre

laderas que forman parte de una microcuenca cuyo drenaje natural desemboca en un arroyo que atraviesa la colonia. La disposición de la pendiente, los tributarios y la zona baja puede observarse en el croquis elaborado durante el trabajo de campo (véase Figura 1).

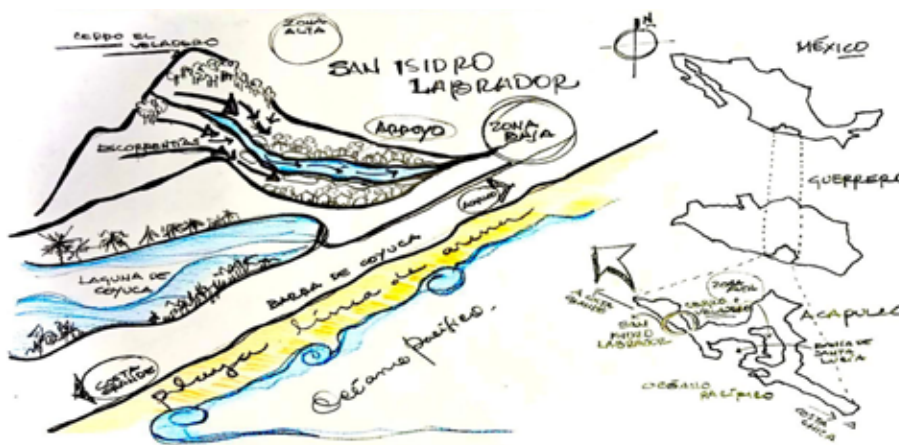


Figura 1. Diagrama esquemático de la microcuenca y del trazado del arroyo en San Isidro Labrador. La pendiente y la disposición de las viviendas evidencian la inserción del habitar en una dinámica geomorfológica activa.

Esta configuración geomorfológica —pendiente, acumulación de escorrentías y confluencia de tributarios— constituye una condición estructural del habitar: la circulación del agua no es excepcional, sino parte de la dinámica ordinaria del territorio.

Durante el paso del huracán Otis en octubre de 2023, la intensidad de las lluvias y los vientos produjo el desbordamiento súbito del arroyo. La acumulación de agua en la parte alta del cerro y su descenso acelerado generaron torrentes que afectaron principalmente las viviendas situadas en la zona baja, provocando pérdidas materiales, daños estructurales y alteraciones significativas en la vida cotidiana. El evento no solo implicó inundación, sino arrastre de sedimentos, interrupción de vialidades y una reconfiguración espacial de la colonia.

El presente artículo se basa en 26 entrevistas realizadas entre enero de 2024 y diciembre de 2025: cinco entrevistas a profundidad y 21 charlas informales con habitantes mayores de edad (18 años en adelante). Los criterios de selección incluyeron: (1) daño en la vivienda, (2) pérdida de algún familiar, (3) afectaciones en salud, (4) alteraciones en la dinámica familiar o pérdida de empleo, y (5) cercanía física con el arroyo. No se estableció una proporción por género como criterio de muestreo, dado que el interés analítico se centró en la experiencia del desbordamiento y sus efectos en el habitar, más que en comparaciones

demográficas. La recolección de información concluyó cuando los relatos comenzaron a mostrar recurrencia temática respecto al desbordamiento, la reconstrucción y las decisiones de permanencia. Los nombres propios fueron sustituidos por pseudónimos fonéticamente cercanos con el fin de resguardar la identidad de las personas participantes.

Las entrevistas fueron grabadas en formato de audio mediante teléfono móvil y tableta electrónica; en algunos casos, debido a restricciones de tiempo de las y los participantes, se realizaron intercambios mediante mensajes de voz y preguntas enviadas por WhatsApp. Todas las conversaciones fueron transcritas íntegramente. El consentimiento informado fue de carácter verbal, acordado en cada encuentro, privilegiando la confianza construida a lo largo del trabajo de campo.

Más allá de las entrevistas, la herramienta principal fue la observación participante sostenida durante más de dos años de convivencia en la colonia, en el marco de un proceso de investigación-acción participativa orientado a la recuperación y reconstrucción del territorio tras el huracán. Esta permanencia prolongada permitió registrar transformaciones espaciales, intervenciones en el cauce del arroyo y ajustes cotidianos en las prácticas de habitar. El trabajo incluyó el registro sistemático en bitácora de campo, notas de voz con reflexiones analíticas y archivo fotográfico del entorno inmediato del arroyo.

Metodológicamente, la aproximación dialoga con lo que Anna Lowenhaupt Tsing (2015) denomina «las artes de notar» en *The Mushroom at the End of the World*: una disposición etnográfica que implica atender a las relaciones y flujos entre humanos y no humanos sin privilegiar uno sobre otro. Este enfoque no supone atribuir agencia intencional al arroyo, sino observar cómo las dinámicas materiales — pendiente, escorrentía, sedimentación— se entrelazan con trayectorias familiares, decisiones residenciales y procesos de reconstrucción.

Asimismo, el análisis se nutre de la perspectiva socio-geo-ecológica propuesta por Gonzalo Blanco-Wells (2021), particularmente en su planteamiento sobre ecologías de reparación. Desde este lente poshumanista, el territorio no se fragmenta en comunidad por un lado y naturaleza por otro; se examinan las configuraciones relacionales que emergen en contextos de crisis. No obstante, a diferencia de enfoques centrados en la reparación, este artículo pone el énfasis en el momento de irrupción y en la redistribución del habitar que el desbordamiento produjo.

El proceso analítico combinó lectura temática y codificación inductiva de las entrevistas, organizadas en seis ejes: (1) relatos del momento del desbordamiento; (2) descripciones sensoriales e intensidades; (3) contrastes temporales entre el «antes» y el «después»; (4) decisiones de desplazamiento o permanencia; (5) reconfiguración de imaginarios espaciales dentro de la colonia; y (6) valoraciones sobre las intervenciones posteriores en el cauce. La observación participante

permitió contrastar estas narrativas con transformaciones materiales visibles, como la colocación de piedras en el bordo del arroyo tras eventos hidrometeorológicos posteriores, incluido el paso del huracán John en septiembre de 2024.

Esta estrategia metodológica no se orientó a medir niveles de percepción del riesgo ni a clasificar grados de vulnerabilidad. En cambio, buscó comprender cómo el desbordamiento fue experimentado y narrado como fuerza en movimiento. Las expresiones recogidas —«el agua agarró fuerza», «bajó con todo», «se vino de repente»— no constituyen explicaciones técnicas ni atribuciones animistas, sino descripciones situadas de intensidad. En este sentido, el análisis desplaza la pregunta desde cómo se percibe el riesgo hacia cómo el suceso reorganiza las condiciones materiales y simbólicas del habitar.

La percepción del riesgo y sus límites

El giro cultural del riesgo

Durante buena parte del siglo XX, el riesgo fue tratado como una magnitud técnica. Se asumía que el peligro podía estimarse mediante cálculos probabilísticos y gestionarse a través de dispositivos administrativos. Bajo este enfoque, el desastre aparecía como la consecuencia desafortunada de una amenaza natural cuya intensidad superaba los márgenes previstos. La pregunta central era cómo medir mejor y cómo prevenir con mayor eficacia.

La antropología introdujo, sin embargo, un desplazamiento significativo. En *Risk and Culture*, Mary Douglas y Aaron Wildavsky (1982) propusieron que las sociedades no reaccionan ante los peligros de forma proporcional a su magnitud empírica, sino conforme a sus formas de organización y a sus valores compartidos. Las personas, señalan, “select their awareness of certain dangers to conform with a specific way of life [...] people who adhere to different forms of social organization are disposed to take (and avoid) different kinds of risk” (Douglas & Wildavsky 1982, p. 9). Desde esta perspectiva, el riesgo no es simplemente la posibilidad de daño, sino una categoría cultural que clasifica y jerarquiza amenazas.

Esta propuesta implicó un giro profundo. El peligro dejó de entenderse como dato neutral para reconocerse como principio de ordenamiento simbólico. Cada cultura, escriben Douglas y Wildavsky (1982), tiende a enfatizar ciertos riesgos y a minimizar otros según el entramado de valores e instituciones que la sostiene. Lo que cuenta como amenaza relevante depende menos de su intensidad física que de su coherencia con determinadas concepciones morales y formas de autoridad.

El impacto de este giro se extendió a los estudios sobre desastres. Si la selección de riesgos está socialmente organizada, entonces la gestión pública no puede asumirse como completamente objetiva. Las prioridades institucionales expresan juicios

acerca de qué territorios, actividades o poblaciones merecen mayor protección. El análisis del desastre se desplazó así hacia el campo de la desigualdad, la vulnerabilidad y la disputa por la definición de lo urgente.

En América Latina, esta lectura dialogó con investigaciones que mostraron cómo la exposición a inundaciones o deslizamientos se concentra en territorios históricamente marginados. El evento físico no actúa sobre un vacío: impacta sobre configuraciones sociales sedimentadas en el tiempo. Desde este ángulo, el desastre no puede reducirse al fenómeno natural; es el resultado del encuentro entre dinámicas ambientales y condiciones estructurales de vulnerabilidad.

Riesgo como construcción social

Entender el riesgo como construcción social implica reconocer que, entre el acontecimiento físico y la reacción colectiva, media un proceso de interpretación. Las comunidades no solo enfrentan amenazas; las nombran, las comparan y las insertan en narrativas que les permiten situarlas dentro de un horizonte de sentido. En escenarios atravesados por múltiples incertidumbres —violencia, precariedad laboral, crisis ambiental—, se establecen jerarquías que no responden únicamente a cálculos racionales, sino a memorias compartidas y expectativas sobre el porvenir.

Las estrategias de afrontamiento dependen en gran medida de esta lectura. Cuando el peligro se atribuye a fuerzas inevitables, la respuesta tiende a centrarse en la adaptación doméstica; cuando se vincula con decisiones institucionales o desigualdades históricas, puede traducirse en demandas colectivas. El riesgo, en este sentido, organiza responsabilidades y orienta prácticas.

En una línea cercana, Susanna Hoffman y Anthony Oliver-Smith (2019) han insistido en que el desastre no constituye un hecho aislado, sino un proceso en el que convergen un agente potencialmente destructivo y una población en condición de vulnerabilidad socialmente producida. La catástrofe no comienza con la lluvia o el huracán; se gesta en estructuras sociales previas que amplifican sus efectos. Esta formulación permitió superar la idea del desastre como accidente natural y subrayar su dimensión histórica.

Sin embargo, incluso en esta ampliación procesual, el análisis continúa gravitando en torno a la experiencia humana: la vulnerabilidad, la interpretación y la asignación de responsabilidades. El riesgo existe en la medida en que es percibido, clasificado o disputado.

El límite antropocéntrico

La centralidad otorgada a la percepción ha sido productiva para desmontar la neutralidad técnica del discurso del riesgo. No obstante, también delimita el horizonte analítico. Cuando el evento se examina principalmente como objeto de interpretación, la materialidad de los procesos que lo configuran queda parcialmente en segundo plano. El énfasis recae en cómo se entiende el peligro más que en cómo ciertas dinámicas ambientales transforman efectivamente las condiciones del habitar.

Este límite se vuelve evidente cuando el acontecimiento irrumpe con una intensidad que desborda los marcos previos de clasificación. No se trata simplemente de que el riesgo haya sido subestimado o mal interpretado. Lo que se altera son las trayectorias del agua, la estabilidad de los suelos y la consistencia de los soportes materiales sobre los que se asienta la vida cotidiana. En tales casos, el evento no solo es significado; interviene activamente en la reconfiguración del espacio vivido.

Pensar el desastre únicamente en términos de percepción puede conducir a formular la pregunta en clave de conciencia: ¿por qué no se anticipó?, ¿por qué no se evacuó?, ¿por qué se permaneció en zona de riesgo? Estas interrogantes son pertinentes, pero dejan fuera la dinámica de flujos, pendientes y acumulaciones que exceden la voluntad y la interpretación. El problema no es exclusivamente cognitivo. Es también ontológico.

Esta limitación remite a una herencia más profunda del humanismo moderno, en el que el «Hombre» se constituyó como medida y centro del mundo, relegando a lo no humano al estatuto de escenario o recurso. Como ha señalado Rosi Braidotti (2013), el antropocentrismo ilustrado no solo organizó jerarquías morales, sino que instituyó una ontología que separa sujeto humano y entorno como dominios distintos. Desde esta matriz, los procesos ambientales aparecen como fondo pasivo frente a la acción humana. El giro posthumanista no consiste únicamente en ampliar el repertorio de actores, sino en cuestionar esa escisión ontológica que sitúa al humano como instancia soberana de sentido. Pensar el desastre más allá de la percepción implica interrogar las condiciones mismas bajo las cuales se define qué cuenta como mundo y quién ocupa su centro.

Reconocer este límite no implica abandonar el análisis social del riesgo, sino desplazarlo. Más que preguntar únicamente cómo se percibe el peligro, se trata de atender a la manera en que humanos y no humanos se entrelazan en procesos que no pueden reducirse a representaciones. En esta dirección, las propuestas que conciben el mundo como entramado de líneas en movimiento —como sugiere Tim Ingold (2011)— ofrecen herramientas para pensar el evento no solo como resultado de vulnerabilidades históricas, sino como suceso que emerge de la convergencia de fuerzas en devenir.

Este desplazamiento abre la posibilidad de reconsiderar el arroyo no solo como amenaza interpretada, sino como participante activo en la configuración y reconfiguración del territorio.

Antropología más allá de lo humano: suceso, fuerza y habitar

La antropología del riesgo mostró con claridad que el peligro no es una categoría neutra, sino una selección culturalmente mediada. Sin embargo, el caso analizado sugiere que el desastre no se agota en la percepción ni en la construcción simbólica del riesgo. El desbordamiento del arroyo durante el huracán no solo activó interpretaciones sociales sobre el peligro: reconfiguró materialmente el campo de lo habitable. Rocas milenarias se desplazaron, muros se fracturaron y trayectorias sedimentadas se reactivaron. La muerte, el daño y la alteración del terreno no pueden reducirse a un desacuerdo interpretativo.

Si el riesgo es culturalmente seleccionado, el suceso lo desborda. No porque anule la mediación social, sino porque evidencia que las fuerzas materiales operan dentro de un campo de relaciones que no depende del consenso humano. Esto exige un desplazamiento teórico: no basta con analizar cómo se percibe el peligro; es necesario interrogar cómo se configura el mundo en el que humanos y no humanos coemergen.

En *Being Alive*, Tim Ingold (2011) se propone pensar la vida no como interacción entre entidades previamente dadas, sino como un proceso en el que los seres se constituyen mutuamente como condiciones de existencia. La vida social no transcurre en un plano separado del resto del mundo orgánico, sino que forma parte de “the process wherein living beings of all kinds, in what they do, constitute each other’s conditions of existence” (Ingold, 2011, p. 9). Las formas no preexisten a estas relaciones; emergen en matrices de desarrollo donde múltiples trayectorias se entrelazan.

Esta concepción relacional puede ampliarse mediante la noción de paisaje desarrollada por Ingold (1993). Lejos de entenderlo como escenario pasivo o superficie donde ocurren los acontecimientos, el paisaje constituye el resultado histórico de múltiples trayectorias de vida que se entrelazan y dejan huellas materiales duraderas. Desde la perspectiva del habitar (*dwelling perspective*), los seres no existen frente al paisaje, sino que se forman con él, a través de él. El paisaje es, en este sentido, la manifestación visible de procesos temporales en curso.

La temporalidad del paisaje no remite únicamente al pasado acumulado, sino al carácter procesual de las relaciones que lo construyen. Cauces, pendientes, sedimentos, infraestructuras y viviendas no representan elementos independientes que posteriormente interactúan; son configuraciones emergentes de trayectorias

que se han desarrollado conjuntamente a lo largo del tiempo. El paisaje aparece, así como un entramado de correspondencias donde las huellas de acontecimientos anteriores permanecen activas en las condiciones presentes del habitar.

Desde esta perspectiva, el arroyo que atraviesa la colonia San Isidro Labrador no puede entenderse como un elemento natural externo al asentamiento. Forma parte de un paisaje cuya configuración ha sido modelada históricamente por procesos hidrológicos, movimientos sedimentarios y prácticas de ocupación humana. Las viviendas se emplazan sobre un territorio previamente configurado por estas dinámicas y participan, a su vez, en su transformación continua. El desbordamiento asociado al huracán Otis no constituye entonces una irrupción ajena al paisaje, sino una manifestación intensificada de procesos que ya formaban parte de su devenir.

Este planteamiento desplaza la idea de mundo como conjunto de objetos discretos que luego interactúan. En su lugar, Ingold propone concebirlo como un entramado de líneas en formación continua (Ingold, 2015). Los puntos —las cosas aparentemente estables— no son unidades originarias, sino intersecciones provisionales de trayectorias. El mundo no está terminado; permanece en devenir.

En este punto, el devenir no alude a una secuencia histórica ni a una transformación lineal, sino a un proceso intensivo en el que las formas no están fijadas de antemano. Como sugieren Gilles Deleuze y Félix Guattari (2007), el devenir no es la historia entendida como sucesión de causas y efectos, sino la apertura de lo posible en el interior mismo de las condiciones existentes. No designa una identidad que cambia, sino un movimiento que desborda las identidades estabilizadas. En este sentido, el acontecimiento no se reduce a sus determinaciones sociales previas; introduce una diferencia en el campo de fuerzas donde emerge. Pensar el arroyo como suceso implica atender a esa dimensión intensiva: no como ruptura absoluta, sino como aceleración y redistribución de líneas en curso.

Desde esta perspectiva, el arroyo no es un elemento natural que irrumpe en un espacio social consolidado. Es una línea de flujo que antecede al asentamiento y que ha configurado la ladera mediante procesos de arrastre y sedimentación. Las viviendas no se construyen frente a él, sino en correspondencia con él. Algunas reposan sobre rocas ígneas depositadas por desbordamientos anteriores. Esas rocas sostienen la vida cotidiana y forman parte de la estabilidad material del asentamiento.

La roca no es únicamente soporte ni únicamente amenaza: es condensación de trayectorias geológicas, decisiones constructivas y precariedades económicas. El huracán no introduce una fuerza exógena en un sistema estable; intensifica flujos ya presentes. Lo que se manifiesta como «desastre» es la aceleración de líneas que habitualmente transcurren a ritmos distintos.

En esta clave, el ser no puede pensarse como sustancia fija, sino como suceso. No se trata de entidades que interactúan ocasionalmente, sino de acontecimientos en los que las trayectorias se cruzan y se transforman. Las pérdidas humanas y no humanas no fueron únicamente hechos trágicos en el registro humano; constituyeron la convergencia crítica de pendientes erosionadas, acumulación de sedimentos, lluvias torrenciales, configuraciones habitacionales y ausencia de atención médica. El suceso es esa intersección intensificada.

Esta perspectiva también reformula la noción de habitar. En *The Perception of the Environment*, Ingold (2000) denomina “dwelling perspective” a la posición que sitúa al ser humano, desde el inicio, en un involucramiento activo con los componentes de su entorno. Los humanos devienen “organism-persons” dentro de un mundo ya habitado por múltiples formas de vida; por ello, las relaciones que llamamos sociales constituyen apenas un subconjunto de relaciones ecológicas más amplias.

Comprender el mundo no equivale a representarlo mentalmente, sino a implicarse en él: “not of building but of dwelling” (Ingold, 2000, p. 42). Habitar supone incorporar pendientes, suelos, flujos y materiales a la trama de actividades ordinarias. Es en esa incorporación donde el entorno deviene hogar.

En el asentamiento analizado, las viviendas no son estructuras impuestas sobre una ladera pasiva. Son formas de involucramiento con un terreno que responde, se erosiona o se compacta. La roca integrada al cimiento no es solo un recurso técnico; es parte de la matriz que sostiene la vida cotidiana. La estabilidad depende de la continuidad de ese entrelazamiento. Cuando las lluvias intensifican los flujos del arroyo, no colisionan dos esferas —naturaleza y sociedad—, sino que se reconfigura el campo de correspondencias que hacía posible el habitar.

Este enfoque difiere de los análisis en términos de ensamblajes de actantes. Sin negar su productividad, el énfasis en la conexión entre entidades puede mantener implícita la idea de componentes relativamente discretos que se articulan entre sí. La propuesta de Ingold desplaza el foco hacia las líneas mismas: no son actores conectados, sino trayectorias entretrejidas. La vivienda ya está inscrita en la trayectoria del arroyo; la roca no interviene desde fuera, sino que condensa su historia; el asentamiento forma parte del devenir del terreno.

Este giro no desplaza la dimensión política del desastre ni la producción social de la vulnerabilidad. La inscribe en un campo más amplio donde decisiones urbanas, precariedad económica y dinámicas geomorfológicas se entrelazan. El desastre emerge allí donde esas líneas convergen con intensidad crítica.

En suma, el caso de San Isidro Labrador sugiere que el riesgo no puede pensarse únicamente como selección cultural ni como percepción divergente del peligro. Tampoco basta con describir la vulnerabilidad estructural. Es necesario atender al entramado de fuerzas en el que humanos y no humanos se constituyen mutuamente al habitar.

Si el desastre es la reconfiguración abrupta de un entramado de líneas que habitualmente se sostienen en tensión, entonces su comprensión exige atender a la manera concreta en que esas líneas se entrelazan en la experiencia cotidiana. La etnografía del arroyo permite observar cómo rocas, pendientes, viviendas, memorias y afectos se articulan en prácticas de habitar que preceden al huracán y continúan después de él. Es en ese nivel situado donde el suceso puede observarse en su espesor ontológico.

El arroyo como suceso: irrupción e intensidad

Lo que sigue describe esa intensificación tal como se manifestó en el asentamiento. Antes del huracán, el arroyo formaba parte del paisaje ordinario de San Isidro Labrador. En el sentido planteado por Ingold (1993), no se trata de un elemento inserto en un escenario preexistente, sino de una trayectoria constitutiva del propio paisaje. Corría entre piedras visibles, algunas integradas a los cimientos de las viviendas, mientras la pendiente y la microcuenca definían su recorrido: el agua descendía desde la parte alta de El Veladero, arrastrando sedimentos y fragmentos de roca. Las lluvias estacionales incrementaban el caudal, pero el flujo era reconocible y estaba incorporado a la experiencia cotidiana.

La ladera está compuesta por depósitos de roca ígnea intrusiva acumulados durante largos periodos geológicos. Muchas de estas rocas permanecen parcialmente enterradas; en algunos casos, las viviendas se apoyan directamente sobre ellas. Gerardo describe una de las piedras presentes en el terreno donde hoy se levanta su casa:

Aquí estaba más alto. Aquí en medio estaba una piedra [...] grandísima, de allá hasta acá. [...] Se le veía el filo, como del lomo de un caballo. Entonces, con cuetes se tronó todo esto, y pues quedó plano. Pero aún la piedra permanece abajo. (Gerardo, comunicación personal, 16 de noviembre de 2024)

La roca fue parcialmente fragmentada para nivelar el terreno, pero no retirada por completo. Permanece bajo la vivienda, formando parte de su cimentación. No constituye un elemento externo al asentamiento, sino parte de la materialidad sobre la que se edificó. La roca integrada al cimiento puede observarse en la Figura 2.



Figura 2. Roca ígnea expuesta bajo vivienda en ladera. La acumulación pétrea que sostiene la cimentación forma parte de los arrastres históricos de la microcuenca, evidenciando la continuidad material entre soporte y potencial movilización.

La madrugada del 25 de octubre de 2023, el flujo modificó su intensidad. Diversos entrevistados —entre ellos Roberto y Miriam (comunicaciones personales, 6 de julio y 23 de diciembre de 2024)— señalaron que «el agua agarró fuerza». El cambio fue percibido tanto en el volumen como en el sonido: no solo lluvia, sino impacto de objetos transportados por la corriente. En pocos minutos, el arroyo rebasó su cauce habitual y se expandió hacia patios y calles.

El taponamiento

Lorena y Marcela relataron que el arroyo se obstruyó en la parte alta con árboles y rocas. Lorena lo describe del siguiente modo:

El arroyo se tapó allá arriba con árboles y piedras, hicieron como una pared. Entonces el agua buscó salida por donde pudo. Bajó [...] en una sola ola con tierra, piedras, basura, ramas y hasta carros. (Lorena, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024)

De acuerdo con estos testimonios, no se trató de un incremento gradual del nivel, sino del descenso concentrado de una masa que alteró súbitamente la configuración del espacio. Roberto señaló que el agua arrastró «unas escaleras de concreto» y «un puente de fierro», y resumió el evento en una frase: «el arroyo creció» (Roberto, comunicación personal, 6 de julio de 2024). Más allá del aumento de nivel, lo ocurrido implicó una redistribución de materiales e infraestructuras. Un muro de gran espesor cedió ante la presión del flujo.

En la zona urbana quedaron vehículos parcialmente enterrados y tramos de carpeta asfáltica desprendidos. En las viviendas próximas al cauce, el agua dejó sedimentos, fragmentos de árboles y objetos desplazados. En la casa de Roberto, la mezcla de agua y sedimentos ingresó al interior, dañando diversos bienes domésticos. La acumulación de sedimento en espacios interiores puede observarse en la Figura 3.



Figura 3. Acumulación sedimentaria en interior de vivienda. La redistribución material atraviesa el espacio doméstico, inscribiéndose en muros, objetos y superficies, y evidenciando la continuidad entre pendiente, cauce y habitación.

Sonido e impacto

En varias viviendas, el ruido inicial fue interpretado como una intrusión. Tania relató que pensó que alguien intentaba ingresar a su casa: «se oía un ruidal en las láminas». Posteriormente identificaron que se trataba del viento levantando parte de la techumbre (Tania, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024). El aire y el agua actuaron de manera simultánea.

En otros casos, el impacto contra muros y puertas anunció la llegada del flujo. El evento no consistió únicamente en precipitación intensa, sino en el desplazamiento de objetos en movimiento.

Dentro de las viviendas

En la vivienda de Miriam, el agua alcanzó aproximadamente 1.40 metros en el interior (medición directa; véase Figura 4).



Figura 4. Inscripciones de altura alcanzada por el flujo en muros interiores y exteriores de viviendas. Las marcas visibles y su medición con cinta métrica traducen la intensificación del arroyo en escala cuantificable, convirtiendo la fuerza del agua en registro material.

Lorena relató: «Nos aventó a los cuatro hasta la otra recámara» (Lorena comunicación personal, 23 de diciembre de 2024). La puerta se bloqueó y el agua ingresó con sedimentos y piedras, desplazando mobiliario.

Posteriormente subieron a la azotea y se sujetaron a un tinaco de gran tamaño, que permaneció fijo durante el evento (Lorena, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024).

En la vivienda de Yesenia, la marca del agua alcanzó aproximadamente 2.20 metros en el interior (medición *in situ*; Figura 4). El flujo llenó de sedimentos el depósito doméstico y arrastró objetos almacenados (Yesenia, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024). Aunque la casa se encuentra ligeramente más elevada y lateral al cauce principal, el desnivel del terreno permitió el ingreso del agua. La altura alcanzada permanece visible en el muro.

La intensidad del evento puede observarse en estas marcas físicas y en los objetos inutilizados. El flujo arrastró árboles, concreto, láminas y pertenencias domésticas. Miriam lo sintetizó señalando que se trató de «demasiada agua» (Miriam, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024).

Arrastre y cuerpos

Entre las personas afectadas estuvo la madre de Gerardo, de casi cien años, cuyo cuerpo fue localizado entre rocas desplazadas por la corriente. Sobrevivió esa noche sin atención médica y falleció al día siguiente (Gerardo, comunicación personal, 16 de noviembre de 2024). En otro punto de la colonia, un familiar fue arrastrado por el flujo y localizado aguas abajo.

El desbordamiento alteró también la morfología del terreno. Nuevas rocas quedaron expuestas y otras quedaron cubiertas por sedimentos recientes. El puente obstruido modificó el curso posterior del agua. El cauce no regresó exactamente a su trayectoria previa.

Lo ocurrido puede entenderse como la intensificación de procesos que habitualmente transcurren de manera gradual: erosión en la parte alta, acumulación de materiales y pendiente constante. Bajo precipitaciones extremas, estas condiciones se aceleraron y reorganizaron el espacio construido.

El desbordamiento de 2023 no introdujo una dinámica completamente ajena al territorio. Hizo visible, de manera concentrada, la potencia acumulada en la pendiente y en los depósitos de la microcuenca. El paisaje de San Isidro Labrador es resultado de procesos anteriores de acumulación y redistribución. Las rocas, la pendiente y el cauce constituyen huellas materiales de una temporalidad más extensa que el asentamiento mismo. Esa madrugada dichos procesos se intensificaron hasta reconfigurar las condiciones del habitar. La pendiente, los depósitos de roca y el cauce no operan como fondo estático, sino como componentes activos del entramado material en el que se despliega la vida cotidiana.

Redistribuciones del habitar: decisiones, desplazamientos y permanencias

Esa redistribución no se agotó en el desplazamiento de piedras ni en los muros derribados. Se extendió hacia otras líneas del habitar. Si la intensidad del arroyo reorganizó la materia del terreno, también reconfiguró trayectorias de trabajo, proyectos de vivienda, vínculos domésticos e intervenciones técnicas. El suceso no quedó atrás cuando el agua descendió: continuó operando como reordenamiento de relaciones.

Si, como propone Tim Ingold, la vida puede pensarse como un entramado de líneas entrelazadas —un *meshwork*—, entonces el desbordamiento no destruyó simplemente objetos: tensionó, interrumpió y volvió a anudar líneas de relación (Ingold, 2011; 2015). Las líneas del agua, del trabajo, del crédito, del parentesco y del soporte material del terreno se reconfiguraron simultáneamente.

La redistribución del habitar no se limita al espacio físico; implica la rearticulación de esas trayectorias entrelazadas.

Pérdida económica y reorganización de trayectorias laborales

En varios casos, el impacto afectó directamente medios de subsistencia. Roberto perdió herramientas de trabajo —una planta soldadora, utensilios domésticos— que formaban parte de su economía cotidiana. En su vivienda el lodazal ingresó

hasta el interior; la estufa, ropa y la cama de su hija resultaron dañadas. No se trató únicamente de reposición de objetos, sino de interrupción de una continuidad laboral (Roberto, comunicación personal, 6 de julio de 2024).

Gerardo, dedicado a la reparación de vehículos, observó cómo automóviles quedaron enterrados o inutilizados. «Todo se echó a perder. Los carros se echaron a pedazos», señala (Gerardo, comunicación personal, 16 de noviembre de 2024). El daño no se restringe al valor material del vehículo; compromete el circuito de trabajo que gira en torno a él. Herramientas, piezas, encargos pendientes y expectativas de ingreso quedaron suspendidos.

En términos de Ingold, las líneas de trabajo no son abstracciones; son trayectorias prácticas que se despliegan en el tiempo (Ingold, 2015). Cuando el agua arrastra vehículos y herramientas, no elimina simplemente bienes: interrumpe el curso de esas líneas. El suceso actúa como punto de inflexión en trayectorias previamente estabilizadas.

Yesenia describe otra modalidad de reorganización. Tras los daños decidió echar la losa de su vivienda mediante crédito: «Saqué 35 mil pesos; lo pagamos en seis o siete meses para que no subieran los intereses». La reconstrucción implicó endeudamiento y ajustes en el gasto familiar. «Un pago él, un pago yo», explica. La redistribución del habitar incluyó así una redistribución del ingreso y del tiempo de trabajo (Yesenia, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024).

Roberto afirma sentirse recuperado «en un 80 %». Colocaron techo nuevo, aunque «nos da un poco el sol» (Roberto, comunicación personal, 6 de julio de 2024). La recuperación aparece como gradual y nunca completa. No se retorna al punto anterior; se configura una nueva condición de habitabilidad, parcialmente distinta.

Permanencia forzada y movilidad proyectada

A pesar del temor, la mayoría no se desplazó fuera de la colonia. «Sí me da miedo vivir aquí, pero ¿para dónde más nos vamos?», dice Roberto (Roberto, comunicación personal, 6 de julio de 2024). La pregunta delimita un campo de posibilidades materiales restringido por recursos económicos, redes familiares y disponibilidad de suelo.

La permanencia no equivale a inmovilidad. Roberto compró un terreno «allá arriba» y proyecta construir otra casa. «Ya no quiero invertirle aquí», afirma (Roberto, comunicación personal, 6 de julio de 2024). La parte alta emerge como horizonte alternativo frente a la zona próxima al cauce. No se trata de abandono inmediato, sino de reorientación del proyecto habitacional.

En otros casos, el desplazamiento fue temporal. Lorena se trasladó a casa de sus padres tras el evento (Lorena, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024). El movimiento supuso una suspensión provisional del habitar, no su cancelación. La casa dañada permaneció como referencia, aunque momentáneamente inhabitable.

La redistribución espacial no ocurre exclusivamente a través de migraciones definitivas. Opera también en el nivel del imaginario territorial: zonas que antes eran percibidas como equivalentes adquieren gradientes diferenciados de riesgo. La parte alta y la parte baja ya no se inscriben en el mismo registro.

Desde la perspectiva de Ingold (2000), habitar no es ocupar un punto fijo, sino moverse a lo largo de líneas que atraviesan el entorno. El suceso no expulsó masivamente a los habitantes, pero introdujo nuevas inflexiones en esas líneas de desplazamiento potencial.

Vínculos más-que-humanos

El desbordamiento también redistribuyó relaciones que exceden lo humano. Roberto menciona la muerte de fauna silvestre: «murieron muchos animalitos que andaban en la calle». La alteración del cauce afectó no solo infraestructura y viviendas, sino también trayectorias de otras formas de vida.

Gerardo agradece que su perro no fuera arrastrado por el agua: «Por mi perro, gracias a Dios que no se lo llevó el agua» (Gerardo, comunicación personal, 16 de noviembre de 2024). La mascota forma parte de la unidad doméstica; su permanencia es vivida como continuidad del núcleo familiar. La línea de relación con el animal no fue interrumpida.

Elementos materiales también cambiaron de estatuto. El tinaco al que Lorena y su familia se amarraron dejó de ser únicamente infraestructura doméstica para convertirse en punto de anclaje vital. El puente comunitario, antes articulador del tránsito cotidiano, quedó obstruido. Árboles que daban sombra se transformaron en escombros. Estas escenas permiten pensar el habitar no como mera coexistencia entre entidades diferenciadas, sino como formas de devenir-con. En este sentido, Donna Haraway (2008) propone entender las relaciones más-que-humanas como zonas de contacto naturalculturales donde las historias ecológicas y políticas se entrelazan en la vida ordinaria. Cohabitar no implica compartir un espacio neutro, sino implicarse mutuamente en trayectorias que afectan la posibilidad de vivir. El perro que permanece, el tinaco que sostiene cuerpos en la azotea o el puente que articula el tránsito no son meros objetos o acompañantes; configuran condiciones concretas de continuidad y vulnerabilidad. El habitar se constituye en esa trama de correspondencias materiales donde humanos y no humanos devienen-con, sin que ello suponga simetría abstracta ni animismo.

En términos de *meshwork*, las líneas que vinculan personas, animales, objetos y terreno se tensan cuando el agua irrumpe. Algunas se rompen; otras se reanudan bajo nuevas condiciones.

Intervención técnica y recalibración del cauce

Tras el desbordamiento por Otis, el arroyo no quedó en el mismo estado. La intervención técnica posterior introdujo modificaciones que alteraron su comportamiento en eventos subsecuentes. Maquinaria ingresó al cauce, desazolvó sedimentos acumulados y construyó un bordo con piedra y tierra en puntos estratégicos. Las transformaciones del cauce y la construcción del bordo pueden observarse en la Figura 5.



Figura 5. Cauce reordenado tras la intensificación. Las rocas desplazadas, los depósitos recientes y las intervenciones técnicas no clausuran la dinámica, sino que configuran un nuevo estado provisional en la historia sedimentaria de la microcuenca.

Una habitante recuerda que, antes de la intervención, el terreno estaba «bien pedroso» y a un nivel distinto. «Vino la máquina y nos rellenó de tierra aquí y esta parte». El desazolve dejó una franja de tierra y piedra compactada que funcionó como contención provisional. Posteriormente, cuando llegó el huracán John, la comparación fue inmediata: «Con John sí le sirvió el bordo. Ya no se le metió el agua».

La afirmación no implica ausencia total de riesgo. El agua no desapareció; modificó su trayectoria. «Ahora que vino John, ya no entra agua de allá, pero nació de aquí». El cauce no fue eliminado, sino redistribuido. El flujo encontró otros puntos de salida, otros recorridos posibles dentro del mismo entramado territorial.

La comparación entre Otis y John aparece reiteradamente en los testimonios. Con Otis, el viento intenso y la concentración temporal de lluvia produjeron un descenso abrupto. Con John, aunque la precipitación se prolongó durante varios días, el agua «no se salió del nivel» en ciertos puntos intervenidos. La diferencia es atribuida a la combinación entre intensidad del viento y estado previo del cauce. Los habitantes distinguen entre volumen, duración y dirección del flujo.

La recalibración no es únicamente técnica; también es cognitiva. Durante las visitas posteriores, se midieron marcas de inundación y se registraron alturas: «Exterior, dos metros; interior, dos veinte» (Figura 4). Las marcas visibles en muros y pisos se convirtieron en referencia comparativa. Se fotografiaron, se ubicaron en mapas, se registraron con GPS. El evento dejó huellas que no solo testifican lo ocurrido, sino que orientan proyecciones futuras.

En este proceso intervienen ingenieros, funcionarios y residentes. Se discute la necesidad de un puente nuevo, dado que el anterior «ya casi lo rebasa el nivel». El diseño de infraestructura se convierte en tema cotidiano de conversación. La intervención técnica no es percibida como solución definitiva, sino como ajuste parcial dentro de un entorno dinámico.

Desde la perspectiva del habitar, estas acciones no constituyen una ruptura con el arroyo, sino una forma de corresponder a su comportamiento. Siguiendo a Ingold (1993, 2000), vivir en un entorno no significa dominarlo desde fuera, sino ajustar continuamente las propias líneas de acción a las líneas en movimiento del medio. El bordo, el desazolve y la medición de niveles son intentos de sincronización con una dinámica que permanece activa.

El arroyo continúa formando parte del paisaje, aunque ahora bajo una lectura más atenta de sus variaciones. Las huellas del desbordamiento se incorporan a la memoria material del paisaje mediante marcas, bordos, sedimentos y nuevas formas de observación cotidiana. Se observan puntos críticos, se recuerdan marcas, se comparan eventos. La experiencia del desbordamiento intensificó la vigilancia cotidiana del cauce. No se trata únicamente de memoria traumática, sino de una forma de aprendizaje situado.

La redistribución del habitar incluye, por tanto, una redistribución del conocimiento práctico sobre el territorio. El agua no es solo elemento estacional; es variable monitoreada. Las piedras no son únicamente soporte; son posibles obstrucciones. El puente no es solo vía de paso; es punto de medición del nivel.

El suceso no concluyó con la retirada del agua. Se prolonga en bordos provisionales, proyectos de infraestructura, mediciones domésticas y comparaciones entre huracanes. La vida en el borde del arroyo continúa, pero bajo una relación recalibrada con su curso.

Redistribución moral e institucional

La reconstrucción estuvo mediada por apoyos gubernamentales y religiosos. Roberto recibió ayuda de Bienestar y de la Iglesia católica; también acudía a la Iglesia cristiana. Sin embargo, considera insuficiente el monto recibido: «Mis necesidades van más allá» (Roberto, comunicación personal, 6 de julio de 2024).

Yesenia conserva el cintillo del censo, pero no obtuvo apoyo económico. Señala que en su terreno existen tres viviendas con medidores independientes, aunque fueron consideradas como una sola unidad. La distribución de recursos introduce evaluaciones morales sobre justicia y equidad.

«La población casi no participó en la limpieza; todo lo hizo el Gobierno», afirma Roberto (Roberto, comunicación personal, 6 de julio de 2024). La intervención técnica y administrativa reconfigura relaciones de dependencia y expectativa. El suceso no solo redistribuye materia; redistribuye confianza y evaluación institucional.

La maquinaria que construyó un bordo con piedra y tierra modificó el comportamiento del cauce en lluvias posteriores. Según algunos habitantes, cuando llegó el huracán John el agua no ingresó de la misma manera. La intervención técnica altera la trayectoria del arroyo y, con ello, las proyecciones de riesgo.

En esta redistribución moral e institucional, la vida aparece como aquello que debe ser medida, clasificada y administrada. Censos, medidores, padrones de apoyo no son únicamente instrumentos técnicos; son dispositivos de inclusión diferencial. Como sugiere Giorgio Agamben (1998), la política moderna no se limita a gobernar sujetos jurídicos, sino que incorpora la vida biológica misma al ámbito de la decisión soberana. La vida deviene objeto de cálculo.

No se trata solo de pertenencia, sino de contabilización. La distinción no opera en el exterior del orden, sino en su interior: inclusión por exclusión. Hay vidas registradas y vidas sin registro; viviendas formalizadas y asentamientos que existen sin existir; cuerpos que figuran en la estadística y cuerpos que quedan fuera del campo de visibilidad institucional.

La biopolítica no actúa aquí como represión abierta, sino como administración diferencial de la exposición. La ayuda, el subsidio, el medidor instalado o negado configuran umbrales de pertenencia. La vida se vuelve vida contada o vida no contada. Y en esa operación, el territorio periurbano no es solo espacio físico, sino superficie de inscripción de una política que decide qué formas de existencia merecen protección y cuáles quedan suspendidas en una zona de vulnerabilidad normalizada.

Continuidad en tensión

El desbordamiento no clausuró el habitar en San Isidro Labrador. Introdujo una modalidad de continuidad en tensión. Se permanece, pero con cálculo distinto. Se invierte, pero con cautela. Se proyecta hacia la parte alta, aun cuando se continúe habitando la baja.

Siguiendo a Ingold (1993, 2011), la vida no transcurre sobre un escenario estático, sino en correspondencia con fuerzas en movimiento. El suceso evidenció esa condición relacional: trayectorias económicas, domésticas y afectivas quedaron expuestas a la dinámica de la microcuenca.

La redistribución del habitar no concluye cuando el agua baja. Se prolonga en decisiones económicas, endeudamientos, desplazamientos parciales, intervenciones técnicas y reconfiguraciones del imaginario territorial. Más que una ruptura absoluta, el desbordamiento operó como intensificación de procesos preexistentes. Las líneas del terreno, del trabajo y del agua no desaparecieron; se reanudaron bajo nuevas tensiones. La pendiente continúa, el cauce permanece y las viviendas siguen inscritas en ese entramado material. Habitar implica sostenerse en esa condición relacional y continuar en ella.

Discusión final

Más allá de lo humano no implica aquí una ampliación taxonómica del campo etnográfico ni la incorporación descriptiva de nuevas especies como actores relevantes. No se trata de una etnografía multiespecie en sentido representacional. Siguiendo a Tim Ingold (1993, 2011), la apuesta no es sumar entidades al inventario analítico, sino atender al proceso mismo por el cual los mundos se hacen y se rehacen en el transcurso de la vida.

En esta perspectiva, el interés no recae en objetos definidos —humanos, animales o infraestructuras— sino en las líneas de relación que se entretienen en el suceso. El evento no aparece como interacción entre unidades preconstituidas, sino como campo de correspondencias en devenir. Lo que se analiza no son entidades que actúan, sino trayectorias que se cruzan y se modifican mutuamente.

Así, más que identificar actores, se trata de acompañar procesos: no describir lo que es, sino trabajar con aquello que está ocurriendo.

El desastre como manifestación de dinámicas materiales constitutivas

El análisis etnográfico desarrollado en los apartados anteriores permite desplazar la noción de desastre como evento externo o anomalía puntual. En San Isidro Labrador, el desbordamiento no introdujo una fuerza ajena al territorio:

intensificó dinámicas materiales constitutivas de la microcuenca. La pendiente, la sedimentación y la acumulación de roca constituyen dimensiones activas de un paisaje en permanente formación; no son condiciones de fondo; son procesos activos que sostienen el habitar y que, bajo ciertas intensidades, lo desestabilizan.

El desastre aparece, así como manifestación visible de una acumulación en curso. Las rocas que sostienen las viviendas son producto de arrastres previos; el cauce que organiza el paisaje es resultado de descensos reiterados; la ladera misma es archivo de intensidades pasadas. El huracán no crea esa condición: la condensa.

Una habitante describió cómo el desbordamiento modificó referencias espaciales que antes parecían estables: «ese muro que se ve ahí, ese era un puente [...] de ahí para allá empezaba el arroyo [...] allá está otro brazo de arroyo [...] se amplió mucho el arroyo». (Marcela, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024).

La observación no remite únicamente a la magnitud del daño, sino a una transformación perceptible de la configuración territorial. El puente deja de cumplir su función original, aparecen nuevos recorridos para el flujo y el cauce adquiere una extensión distinta a la previamente conocida. Más que un escenario donde ocurre el desastre, el paisaje aparece como una formación en proceso cuya configuración puede alterarse bajo determinadas intensidades hidrometeorológicas.

La transformación del paisaje aparece también en los relatos de quienes observaron directamente la modificación del cauce. Una habitante explicó que durante el desbordamiento el arroyo se obstruyó aguas arriba por la acumulación de árboles y rocas, lo que obligó al flujo a buscar nuevas salidas: «lo que hizo el arroyo fue buscar salidas por donde quiera [...] aquí hizo una Y [...] Eso no era el arroyo antes». (Miriam, comunicación personal, 23 de diciembre de 2024).

Más allá de la descripción hidráulica del evento, el testimonio expresa una experiencia de transformación territorial. El cauce deja de ser una referencia estable para convertirse en una configuración cambiante cuyas formas dependen de procesos de sedimentación, obstrucción, erosión e intervención humana. El paisaje no aparece aquí como escenario inmóvil, sino como una formación histórica en permanente reconfiguración.

Límites del paradigma técnico del riesgo

El paradigma técnico del riesgo presupone un escenario estable interrumpido por amenazas identificables y gestionables. Bajo esta lógica, el arroyo se convierte en objeto peligroso cuya peligrosidad puede mitigarse mediante infraestructura: desazolve, bordos, recalibración del nivel.

Sin embargo, la etnografía mostró que el riesgo no se localiza únicamente en el cauce. Se distribuye en la pendiente, en los depósitos que sostienen las viviendas, en los puentes comunitarios, en las decisiones de autoconstrucción y en las trayectorias de expansión periurbana. El peligro no es atributo de un objeto aislado, sino efecto de la convergencia de líneas materiales y sociales.

Las intervenciones técnicas posteriores a Otis y John no eliminaron esa condición; la desplazaron. El flujo no desapareció: encontró otros recorridos. La gestión del riesgo opera sobre procesos cuya temporalidad excede el evento puntual.

Más allá de lo humano en contextos periurbanos

La propuesta es repensar la antropología más allá de lo humano, cuestionando las dualidades modernas que separan naturaleza y sociedad. En un contexto periurbano como San Isidro Labrador, esa separación no solo es analíticamente limitada: resulta empíricamente insostenible.

El asentamiento no es escenario donde humanos actúan frente a una naturaleza externa. Es un entramado donde autoconstrucción, roca ígnea, agua de escorrentía, tinacos, crédito, puentes improvisados y maquinaria pesada participan en la configuración del territorio. No hay interior humano protegido de un exterior natural amenazante; hay coconstitución material.

Esta afirmación implica una crítica directa al naturalismo moderno, entendido como el régimen ontológico que separa radicalmente naturaleza y cultura, atribuyendo interioridad únicamente a lo humano y reduciendo lo no humano a un fondo físico continuo. Como ha mostrado Philippe Descola (2012), el naturalismo constituye una forma particular —históricamente situada— de organizar las continuidades y discontinuidades entre interioridad y materialidad. Frente a este esquema, las ontologías relacionales cuestionan la idea de una naturaleza única y pasiva sobre la cual se despliegan múltiples culturas. En esa línea, Eduardo Viveiros de Castro (2013) ha propuesto el término «multinaturalismo» para señalar que lo humano no designa una sustancia fija, sino una posición relacional. La humanidad no es propiedad estable, sino punto de vista. Desde esta perspectiva, lo que el desastre evidencia no es la irrupción de una naturaleza exterior sobre una sociedad vulnerable, sino la inestabilidad misma de la frontera que las separaba. El evento deshace la ficción de un interior protegido y expone la condición compartida de coconstitución material.

Siguiendo a Tim Ingold (2011), podría decirse que tanto personas como cauces son sucesos en el mundo: líneas en devenir que se cruzan, se intensifican y se transforman. El arroyo no es cosa delimitada; es proceso. La vivienda no es objeto fijo; es punto de anclaje provisional en una dinámica mayor. Habitar no es ocupar un espacio estable, sino corresponder con fuerzas en movimiento.

En este sentido, la contribución del artículo al campo más-que-humano no se limita a reconocer la presencia de entidades no humanas, ni a describir coexistencias multiespecie. Lo que se muestra es que la constitución misma del habitar es relacional y materialmente distribuida. La vulnerabilidad no es únicamente socioeconómica; es geomorfológica y sedimentaria. La desigualdad se inscribe en pendientes y acumulaciones.

Sin animismo, sin ensamblaje: fuerza y redistribución

El desafío teórico consiste en evitar dos simplificaciones que, aunque opuestas, pueden conducir a una comprensión limitada de la dinámica del arroyo. La primera aparece en ciertas lecturas animistas que atribuyen intencionalidad al agua: el arroyo no «decide» arrastrar ni posee voluntad propia, y personificar su fuerza termina por oscurecer su carácter material. La segunda simplificación surge en una lectura excesivamente simétrica de los ensamblajes, donde todas las entidades quedan niveladas en una red homogénea. Sin embargo, no todas operan del mismo modo ni con la misma intensidad: la pendiente, la masa de agua y la acumulación sedimentaria introducen gradientes de fuerza que producen efectos diferenciados y no pueden diluirse en una equivalencia general.

Desde esta posición, las perspectivas centradas en ensamblajes siguen siendo fundamentales porque han cuestionado las separaciones modernas entre naturaleza y sociedad y han mostrado cómo humanos, infraestructuras, organismos y materiales participan conjuntamente en la producción de mundos compartidos. No obstante, el interés de este trabajo no recae principalmente en la articulación entre entidades heterogéneas, sino en las trayectorias, intensidades y procesos de correspondencia mediante los cuales esas configuraciones emergen, se redistribuyen y se transforman. La propuesta aquí desarrollada privilegia, por tanto, el análisis de las fuerzas y de sus redistribuciones, sin desconocer la productividad de las aproximaciones centradas en ensamblajes o en procesos semióticos.

La fuerza no es atributo moral ni agencia antropomórfica. Es intensidad material inscrita en la pendiente, en el volumen de agua, en la masa de roca acumulada. La redistribución no es metáfora conceptual; es desplazamiento efectivo de materia, infraestructura y trayectorias de vida.

En este sentido, el artículo dialoga con las discusiones más allá de lo humano no desde la semiosis compartida —como propondría Eduardo Kohn (2022)—, que concibe el mundo como un entramado ampliado de interpretación, sino desde la materialidad activa de las fuerzas en relación. El vínculo no se define aquí por la circulación de signos ni por la atribución de interioridad, sino por la dinámica intensiva de cuerpos, infraestructuras y corrientes que se afectan mutuamente. No

se trata de lo que el agua significa, sino de lo que el agua hace: el arroyo no «piensa» ni «representa», actúa como línea de fuerza cuya intensificación reconfigura un territorio periurbano y reorganiza el campo mismo de las relaciones.

Esto no excluye dimensiones afectivas o interpretativas. Las marcas en los muros, las mediciones con GPS y las comparaciones entre huracanes son formas humanas de leer esa dinámica. Pero la redistribución material antecede y excede esas lecturas.

La antropología más allá de lo humano que aquí se propone no desplaza lo social; lo reinscribe en una ecología de fuerzas donde lo humano no es centro soberano ni simple efecto pasivo.

Borde, límite, cierre

Al inicio del artículo se mostró cómo una roca, parcialmente detonada, permanece bajo la casa de Gerardo como soporte material de la vivienda. Esa misma roca forma parte de una historia más extensa de arrastres, sedimentaciones y reacomodos que preceden a la ocupación humana del lugar. Bajo lluvias extremas, rocas semejantes descendieron nuevamente, arrastrando muros, puentes y cuerpos. Lo que parecía soporte estable reveló su pertenencia a una dinámica más amplia de transformación.

La ambivalencia no es anomalía: es condición constitutiva. El territorio de San Isidro Labrador se sostiene sobre acumulaciones que pueden movilizarse. El arroyo no es objeto de riesgo externo ni sujeto animado; es una trayectoria activa inscrita en la temporalidad del paisaje. Siguiendo a Ingold (1993), el paisaje no constituye el escenario donde ocurre la vida social, sino la manifestación visible de procesos históricos y materiales en permanente formación. Es suceso acumulado cuya potencia se condensa periódicamente y redistribuye las líneas del habitar. Las viviendas, los cauces, los depósitos de roca, los bordos y las marcas de inundación forman parte de este entramado temporal donde se entrelazan trayectorias humanas y *más-que-humanas*.

El desastre revela precisamente esa condición. Más que una ruptura absoluta del orden territorial, el desbordamiento hizo visible la naturaleza procesual del paisaje y la continuidad de fuerzas que ordinariamente permanecen en segundo plano. La pendiente, la sedimentación y el flujo del agua no aparecieron como elementos externos al habitar, sino como componentes constitutivos de él. El huracán condensó en unas cuantas horas procesos que se habían acumulado durante años, décadas e incluso escalas temporales geológicas.

Vivir en el borde implica, entonces, habitar un paisaje en devenir. No un espacio estable ocasionalmente interrumpido por amenazas, sino una configuración siempre provisional producida por el entrelazamiento de múltiples trayectorias. El desastre no inaugura esa tensión: la hace visible. En esa visibilidad se reconoce

que el habitar ocurre dentro de un paisaje continuamente formado y reformado por fuerzas cuya temporalidad excede la experiencia humana inmediata, pero de las cuales la vida cotidiana forma parte inseparable.

Agradecimientos

Los autores agradecen a la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI), México por el apoyo concedido a los proyectos de investigación de Mariana Martínez Castrejón y Ulises Moreno Tabarez en el marco del programa de Becas a Investigadores por México en Estancia Posdoctoral, comisionados a la Universidad Autónoma de Guerrero, México.

Referencias

Agamben, G. (1998). *Vitae necisque potestas*. En G. Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (pp. 113–115). Pre-Textos.

Blanco-Wells, G. (2021). Ecologies of repair: A post-human approach to other-than-human natures. *Frontiers in Psychology*, 12, 633737. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.633737>

Braidotti, R. (2013). Posthuman Humanities: Life beyond Theory. En R. Braidotti, *The Posthuman* (pp. 143-185). Polity Press.

Deleuze, G., & Guattari, F. (2007). Mayo del 68 nunca ocurrió. En G. Deleuze, *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)* (pp. 213-215). Pre-Textos.

Descola, P. (2012). Las disposiciones del ser. En P. Descola, *Más allá de la naturaleza y cultura* (Trad. de Horacio Pons, pp. 197-360). Amorrortu Editores.

Douglas, M., & Wildavsky, A. (1982). Introduction: Can We Know the Risks We Face? En M. Douglas & A. Wildavsky, *Risk and culture: An essay on the selection of technical and environmental dangers* (pp. 1-16). University of California Press.

Haraway, D. J. (2008). When species meet. Introductions. En D.J. Haraway, *When Species Meet* (pp. 3-14). University of Minnesota Press.

Hoffman, S. M., & Oliver-Smith, A. (2019). Introduction to the Second Edition of The Angry Earth: From introduction to widespread reception. En A. Oliver-Smith & S. M. Hoffman, *The Angry Earth: Disaster in Anthropological Perspective* (2nd ed., pp. 1–14). Routledge.

Ingold, T. (1993). The Temporality of the Landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174. <https://www.jstor.org/stable/124811>

Ingold, T. (2000). Building, dwelling, living: How animals and people make themselves at home in the world. En T. Ingold, *The Perception of the Environment: Essays on livelihood, dwelling and skill* (pp. 172-188). Routledge.

Ingold, T. (2011). Anthropology comes to life: From introduction to widespread reception. En T. Ingold, *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description* (pp. 1-19). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203818336>

Ingold, T. (2015). Part I: Knotting. Line and blob. En T. Ingold, *The life of lines* (pp. 3-8). Routledge.

Kohn, E. (2022). El todo abierto. *Revista Colombiana de Antropología*, 58(1), 305-352. <https://www.redalyc.org/journal/1050/105069918012/html/>

Tsing, A. (2015). Arts of Noticing. En A. Tsing, *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins* (pp. 17-26). Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400873548>

Viveiros de Castro, E. (2013). Si todo es humano, entonces todo es peligroso. En E. Viveiros de Castro, *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio* (pp. 49-78). Tinta Limón.